

## 4. ARTE PALEOCRISTIANO Y BIZANTINO.

*Ambos son la evolución del arte romano clásico, pasado por el tamiz del nuevo pensamiento ideológico y artístico que impone el Cristianismo. El primero es, en realidad, el arte romano cristianizado tras el afianzamiento de la nueva religión a lo largo del s. IV; el segundo, al menos durante su primera edad de oro, es reflejo del deseo de continuar la magnificencia y el prestigio de Roma en la nueva capital Constantinopla, tras la desaparición del Imperio Romano Occidental.*

### 4.1. EL ARTE PALEOCRISTIANO.

Surge como manifestación estética del Cristianismo a partir del desarrollo de éste como consecuencia de la crisis del siglo III, que implica la ruralización de la economía, el caos político y la crisis de unos valores tradicionales en una época de miedos, guerras y enfermedades que favorece la proliferación de las supersticiones, el misticismo y la creencia en religiones como la cristiana que participan de un futuro mejor de salvación para sus fieles.

Por eso, frente al arte clásico que es reflejo del equilibrio, la perfección y el antropocentrismo racional, el nuevo arte es idealizado, simbólico y expresivo, en un intento por significar la presencia divina. Es cierto que desde el punto de vista formal se mantienen muchos recursos y soluciones técnicas del arte romano y griego, pero su intencionalidad difiere mucho de ser la de reafirmar la realidad del hombre, concibiéndose como un arte ideográfico e intelectual a partir del cual es posible alcanzar la salvación cristiana. Lo cierto es que el arte paleocristiano no depende absolutamente del arte romano, pero tampoco supone una ruptura definitiva respecto a aquel, de ahí que algunos historiadores hayan hablado de él como de un “arte romano bautizado”.

#### 4.1.1. La arquitectura.

Durante el periodo de clandestinidad tiene sus primeras manifestaciones en las catacumbas, sin que puedan ser consideradas edificaciones en sentido estricto. Pero es a partir del siglo IV (tras el Edicto de Milán del 313 que toleraba la religión cristiana) cuando se plantea por vez

primera la necesidad de contar con un edificio propio para la celebración del ritual litúrgico. La ausencia de ejemplos precedentes conduce a la utilización del modelo basilical como prototipo para el nuevo templo cristiano. No debe extrañarnos, considerando sus posibilidades funcionales y simbólicas.

La basílica se concebía como un edificio longitudinal de planta rectangular, dividido en naves separadas por columnas, al fondo de la central –siempre más alta y ancha– se disponía el ábside para el altar. Desde el punto de vista funcional, la basílica permitía la compartimentación de los espacios siguiendo la jerarquización cristiana: obispo, presbíteros, diáconos, laicos y mujeres; desde el punto de vista ideológico, la planta rectangular se convertía en recuerdo de la Jerusalén Celeste apocalíptica y la distribución de las naves en la vía de salvación que propone el cristianismo y en imagen de la cruz, símbolo de Cristo. Se conseguía así una doble combinación ética-estética que daba lugar a una “arquitectura moralizada”, en la que intervenían de igual modo el arquitecto y el teólogo, muy alejada de los antiguos templos de las celebraciones paganas.

En Occidente se construyen durante el siglo IV las basílicas de *S. Juan de Letrán* y *S. Pedro del Vaticano*, totalmente remodelada la primera en época barroca y derribada la segunda durante el Renacimiento para construir una nueva. Al siglo V, durante el pontificado de Sixto III, pertenecen las basílicas de *Santa María la Mayor*, *Santa Sabina* o *San Pablo*.

Aunque la basílica se convierte en el edificio emblemático del primer cristianismo, fueron también frecuentes los edificios conmemorativos o funerarios en los que se utilizó la planta centralizada: los baptisterios (edificios para bautismo), los mausoleos (tumbas) o los *martirium* (conmemorativos del lugar de martirio de algún santo). Los primeros son siempre de planta octogonal (ocho fueron los supervivientes del diluvio y el ocho se convierte en un número benefactor para todo el que abraza la nueva religión), con o sin deambulatorio, como en el caso del *baptisterio de San Juan de Letrán* o en el *baptisterio de los Ortodoxos* en Rávena, respectivamente. Mausoleos y *martirium* adoptan plantas circulares, cuadrangulares o en cruz griega. Las circulares invocan modelos funerarios paganos, las de cruz griega modelos orientales; pero en todos los casos, la centralización evidencia un sentido simbólico protector que se vincula al fenómeno de la salvación tras la muerte.

En Oriente, el alejamiento de Roma da lugar a modelos políticos y culturales cada vez más independientes. Además, la proximidad de los lugares santos se traduce en edificios innovadores que expresen la magnificencia del lugar sobre el cual se asientan. Tal es el caso del edificio del *Santo Sepulcro* en Jerusalén donde se combinan el concepto basilical con el principio del mausoleo circular para expresar un axioma moral. Del mismo modo el *monasterio de San Simeón el Estilita*, responde a un criterio de síntesis entre lo longitudinal y lo central que da lugar a arquitectura muy compleja sin apenas continuidad en ejemplos posteriores.

#### 4.2. Las artes figurativas.

Los dos primeros siglos del Cristianismo se caracterizan por la ausencia de representación de imágenes de culto, siguiendo el iconoclastismo expresado en el Antiguo Testamento y la opinión de autores como Tertuliano, para quienes las imágenes constituyen un “adulterio de la verdad”. A partir del siglo III, coincidiendo con la difusión de la religión cristiana comienzan a aparecer las primeras muestras iconográficas en escultura y pintura.

Las manifestaciones escultóricas se vinculan a los frontales de sarcófagos, que conocen un notable desarrollo como consecuencia de la importancia que adopta para el cristiano la muerte como tránsito hacia una vida mejor. Las imágenes de estos sarcófagos son por ello transmisoras de un mensaje de fe y esperanza sobre la vida inmortal, aunque en muchas ocasiones sean deudoras de la técnica y el estilo de la estatuaria clásica romana. Se observa además en ellos una interesante evolución desde los sarcófagos de *strygilos*, a la organización en friso con una *imago clipeata* (retratos enmarcados por un clipeo) central o cobijando las escenas y figuras sobre arquitecturas clasicistas.

Las manifestaciones pictóricas se asocian frecuentemente a las catacumbas, cuyas imágenes guardan relación con la verdadera vida: aquella que aguarda tras la muerte, una vez alcanzada la justicia divina. En un primer momento mediante signos ambiguos, como el pez, el pavo real, la vid... que sugieren una interpretación religiosa, o el crismón, que se identifica con las iniciales de Cristo; más tarde, con alegorías mediadoras entre el cielo y la tierra, como el Buen Pastor; finalmente mediante imágenes más conceptuales – como la Orante- que se identifica con la propia Iglesia como medio para la salvación de las almas.

La tolerancia del Cristianismo a partir del Edicto de Milán (313) y consecuentemente la proliferación de basílicas para la celebración litúrgica, conllevan el desarrollo del mosaico como revestimiento de sus muros en contra de la pintura. Aquel, mucho más expresivo y colorista se ajustaba más al nuevo espacio místico que se pretendía para el templo cristiano, además participaba más del sentido didáctico que quería otorgársele a los nuevos símbolos frente a la pintura, mucho más conceptualizada y que exigía un nivel de preparación que en estos momentos buena parte de los cristianos –recién convertidos- no podían tener. Es en Rávena donde se conservan los mosaicos más interesantes de este momento: en el mausoleo de Gala Placidia y los baptisterios de los Arrianos y de los ortodoxos, que han

de enlazar con los de tipo bizantino de las basílicas dedicadas a San Apolinar y la

iglesia de San Vital.

## 4.2.EL ARTE BIZANTINO.

Es la manifestación estética del Imperio Romano de Oriente y, por ello, se trata de un arte muy original, siendo al mismo tiempo síntesis de lo Oriental y lo Occidental, de lo griego y de lo romano, continuador de las tradiciones paleocristianas y, creador y transmisor de formas artísticas propias que influyen poderosamente en el arte medieval de occidente.

La secuencia del arte bizantino es muy amplia y ha sido interpretada de muy distintas formas según los autores. Su inicio coincide para algunos con la fundación de Constantinopla en el 330, con la división del imperio por Teodosio en el 395, con la desaparición del Imperio de Occidente en el 476 y finalmente con la verdadera ruptura con la antigüedad clásica que para otros autores significa la crisis iconoclasta del s. VIII. En su final, con la caída de Constantinopla a manos de los turcos en 1453, si parecen coincidir todos los historiadores. En tan largo tiempo se suceden momentos de esplendor y decadencia que provocan modificaciones en las características estéticas de lo bizantino. Tradicionalmente se contemplan tres etapas de esplendor, *Edades de Oro*, dentro del arte bizantino. La primera coincide con el gobierno del emperador Justiniano que permite la continuidad de lo romano en Oriente. La segunda coincide con el gobierno de las dinastías de los Macedonios y los Conmenos (s. IX-XII) tras la crisis iconoclasta; es un gran periodo creador en el que se definen las características más peculiares del bizantinismo. La tercera coincide con el gobierno de la dinastía de los Paleólogos (s. XIV-XV), tras las invasiones de los cruzados; se trata de un periodo de barroquismo formal con gran influencia posterior en los países del Este.

### 4.2.1.La Primera Edad de Oro.

Está caracterizada por el gobierno del emperador Justiniano, cuyo ideario político se basa en el continuismo respecto a la grandeza que había representado Roma y en consecuencia en la recuperación territorial de lo perdido en Occidente. Esta postura política se alimenta también de la nueva religión cristiana, cuya defensa se arroga el propio emperador, convirtiéndose en verdadero puente entre los fieles y la divinidad, y justificando su poder en los principios religiosos: cesaropapismo.

Estos aspectos posibilitan un arte singular que mantiene las bases del arte romano cristianizado, al que dota de elementos orientalistas en referencia a los territorios dominados por el nuevo imperio, junto a otros claramente propagandísticos del papel del *basileus* (emperador).

La arquitectura es de muros de piedra y ladrillo que se decoran interiormente con mosaicos. Se utilizan las columnas, frecuentemente monolíticas y de mármol de color con capiteles en albarda, trabajados al trépano, o cimacios que soportan arquerías de medio punto y, cada vez menos, dinteles rectos. Las cubiertas suelen ser abovedadas, con cañón, arista y, sobre todo, con cúpulas sobre pechinas. En un primer momento la tipología de edificios es deudora de los romanos y sólo en el siglo VI se observa una cierta singularidad en los mismos, coincidiendo con la revuelta de Nika (522) que había destruido gran parte de Constantinopla, pero sobre todo, con la ascensión del trono de Justiniano (527), quien desarrolla un programa constructivo a su mayor gloria en tres edificios que refuerzan su cesaropapismo: Las iglesias de los *santos Sergio y Baco*, *Santa Sofía* y *Santa Irene*, obras que ponen en cuestión la basílica tradicional paleocristiana mediante la oposición al carácter longitudinal de las

naves de un ritmo ascensional favorecido por los muros con ventanas y la cúpula que conforman un concepto espacial en baldaquino (utilizado ya en las termas romanas). Este espacio juega con los volúmenes básicos de la naturaleza creada: el cuadrado y el círculo, para aproximarnos a la naturaleza divina mediante la creación de una luz etérea y simbólica, y el reflejo de ésta en los mosaicos y los mármoles, en consonancia con la filosofía neoplatónica de Plotino y del Pseudo Dionisio Aeropagita.

Fuera de Constantinopla, en Rávena, capital del exarcado y bastión del gobierno bizantino en Occidente, se identifican dos tipos de edificios: los que siguen la tradición basilical paleocristiana como *San Apolinar in classe* o la reconvertida iglesia arriana de *San Apolinar Nuevo*, y los que responden a la arquitectura real justiniana, caso de *San Vital*, concebida como capilla palatina occidental, perfeccionando los modelos constructivos de la iglesia de los santos Sergio y Baco, con gran influencia en el arte prerrománico y románico posterior.

Las artes figurativas de este periodo sintetizan también los modelos tradicionales paleocristianos con las representaciones orientalizantes procedentes de Siria. Al igual que en el arte cristiano antiguo adquieren una enorme importancia los mosaicos, entre los que sobresalen los conservados en las iglesias de Rávena y, en especial, los de San Vital, donde *los frisos idealizados de Justiniano y Teodora* son evidente expresión del cesaropapismo imperante. Por su parte la escultura y la pintura disminuyen progresivamente en importancia. Las pocas esculturas exentas de este periodo son la evolución lógica de la estatuaria expresionista romana de época de Constantino. Por el contrario prolifera la escultura sobre marfil, en la que sobresalen los dípticos consulares y las placas decorativas de muebles como la *cátedra de Maximiano*. La pintura mural desaparece casi definitivamente a favor de los mosaicos, mientras surgen los iconos, cuadros religiosos sobre tabla, que en este

primer momento suelen representar a santos mártires.

#### 4.2.2. La Segunda y Tercera Edad de Oro.

Tras la crisis iconoclasta (723-843) asistimos a nuevos renacimientos culturales condicionados por una nueva espiritualidad más dogmática, un proceso de helenización cultural y la ruptura definitiva con cualquier referente occidental.

La Segunda Edad de Oro, vinculada al gobierno de las dinastías macedonia y comnena (843-1204), se interpreta en muchas ocasiones como la primera etapa verdaderamente bizantina, alejada definitivamente del mundo antiguo y con un propósito estético absolutamente novedoso: la representación de la belleza desnuda y la interpretación de un humanismo profundo, cuyo propósito es destacar la nueva realidad histórica de Bizancio, no como continuadora de Roma sino como baluarte del cristianismo en Oriente y pueblo escogido por Dios frente al acoso incipiente del Islam.

Al igual que la nueva etapa, su arquitectura significa también una ruptura con Occidente y con la tendencia basilical, para generalizar el principio de iglesia centralizada y cupulada, más acorde con el orden simbólico de los espacios y de la celebración litúrgica. Se constituye como un verdadero microcosmos definido por un eje vertical reducido a un esquema cubo+cúpula (el *katholikón*), con el que se pretende establecer un vínculo entre la esencia (el cielo, representado por la cúpula) y la sustancia (la tierra, representada por el cubo). La *Nea Eclesia* y *Santa María del Faro*, no conservadas en la actualidad, son el origen de este modelo, que adopta frecuentemente la planta de cruz griega inscrita, como en el monasterio de *Hosios Lukas*, o modifica el cuadrángulo central por un octógono, como en la iglesia de *Santa María de Dafni*. Una segunda tipología independiente es la que representa *San Marcos de Venecia*, inspirada en la antigua iglesia de los Santos Apóstoles (de la Primera Edad de Oro, no conservada), con planta de cruz griega exenta y cubierta

por cinco cúpulas principales en cada uno de sus tramos.

Las artes figurativas fijan ahora su estética y una iconografía típicamente bizantina basada en la conceptualización de la realidad sensible. Así, cada imagen adquiere un significado simbólico e inmutable que evita cualquier variabilidad interpretativa. Frente a las figuras de los santos mártires se imponen las de Cristo Todopoderoso (*Pantocrator*), siguiendo el modelo sirio (rostro imponente y, largas melena y barba), y de la Virgen, en especial como Madre de Dios (*Theotokos*). Desde el punto de vista técnico sigue predominando el arte del mosaico (que se extiende hacia Sicilia a través del peculiar arte siculonormando), la eboraria (escultura sobre marfil) y los iconos, a los que se añade también la miniatura de libros.

La Tercera Edad de Oro, se vincula al gobierno de los Paleólogos durante el siglo XIV y hasta la caída de Constantinopla en 1453, cuando Bizancio ya no era un gran imperio mediterráneo. Se trata de un periodo de barroquización de las formas. En arquitectura se repiten incansablemente los modelos creados en la etapa anterior, a los que se le añaden construcciones anejas, que a veces eliminan el concepto tectónico del exterior de los edificios. Por lo que a las artes figurativas se refiere, la iconografía de este periodo se enriquece con nuevos ciclos marianos y derivados de los evangelios. Técnicamente se acusa una cierta estilización de las formas que tiene mucho que ver con los contactos con Italia.

Tras el asalto de Constantinopla por los turcos otomanos dejará de ser la segunda Roma, y Moscú tomará el relevo como tercera Roma, atribuyéndose además la defensa de la religión cristiana ortodoxa. Por ello, el arte bizantino seguirá perviviendo a través de la religión en la Europa del Este no conquistada por los turcos. Se multiplican los monasterios bizantinos por el Danubio y alcanzan a través de Novgorod la Rusia central, manteniéndose parecidas tipologías constructivas salvo en el perfil de sus cúpulas bulbosas.